

Discurso del Presidente de la República en Conferencias Presidenciales de Humanidades - José Saramago  
SANTIAGO, 28 de abril de 2003

Estimado José, estimada Pilar:

Queremos darles la bienvenida a usted y a Pilar. Porque es un privilegio tenerlos aquí para escuchar la palabra de uno de los mejores escritores contemporáneos y, a la vez, uno de los más lúcidos analistas y críticos de un mundo que, por momentos, parece demorar demasiado su marcha hacia un estado de mayor justicia y de mayor paz.

Darle la palabra a usted, pero también agradecerle el estar entre nosotros. También aprovechar esta ocasión para agradecerle que haya aceptado participar en el Comité Internacional para el Centenario del nacimiento de nuestro poeta Pablo Neruda.

Estas conferencias se inscriben en el espíritu que tuvimos en un momento de poder abrir el palacio de La Moneda para que de nuevo aquí pudiera haber transeúntes. Una manera de patentizar la necesaria proximidad de gobernantes y gobernados es tener aquí grandes figuras del pensamiento humanista que ponen la necesaria vinculación entre tareas de gobierno y reflexión intelectual de alto nivel.

Saramago es uno de esos hombres. Usted llega aquí para hablarnos acerca de verdad e ilusión de la democracia. Verdad e ilusión de la democracia. Yo quisiera sólo decir que cada vez que la democracia muestra un aspecto ilusorio, el papel de los demócratas no es pensar cómo reemplazarla por alguna otra forma de gobierno, sino más bien cómo somos capaces de perfeccionar y profundizar la propia democracia.

Es lo que todavía intentamos hacer aquí, donde tenemos todavía una transición inconclusa. Porque queremos tener una democracia de mejor calidad y eliminar aquellos elementos de nuestra carta que, a nuestro juicio, todavía no califican para tener una democracia con mayúscula, como debe ser. Nos llevó largo tiempo recuperar la democracia, pero también nos ha tomado largo tiempo mejorar nuestra carta institucional.

Todos, creo, recordamos las palabras que usted pronunció en Estocolmo. Cuando recibió el Premio Nóbel. Allí usted dijo que "el hombre más sabio que he conocido en toda mi vida no sabía leer ni escribir". Era Jerónimo, su abuelo, a quien usted, siendo niño, le ayudaba en sus andanzas de pastor, allá en Rivadejo. Cuenta usted que ambos se tendían en la noche bajo una higuera mientras el abuelo, antes de dormirse, contaba historias de apariciones, de asombros, episodios singulares. Y allí el niño pequeño que era José Saramago cada vez que el abuelo hacía una pausa le decía "y después...". No quería que aquello concluyera. Pues bien, yo creo que es la pregunta que muchos de nosotros quisiéramos hacer al hombre sabio que llegó a ser también José Saramago. Y después... y después...

O sea, cómo seguir, cómo hacer para tener sociedades más justas que las que hemos sido capaces de tener hasta ahora. Cómo caminamos para hacer que el mejor bienestar no sea el privilegio de unos pocos sino de todos. Cómo hacemos más esfuerzos para que los derechos fundamentales de las personas pasen a ser algo efectivo y real. Cómo hacer, valiéndonos de sus propias frases, "para contar los días con los dedos y encontrar

la mano llena".

Es aquí donde nos parece que tenemos mucho que escuchar de usted. Por eso mejor me callo y le digo "y después..." esperando poder tener ahora su respuesta igual que usted la tenía de Jerónimo.

Tiene la palabra, don José.